

MONTANER, Alberto, *El Cid en Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón («CAI 100», 11), 1999, 110 páginas.

José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ

Un buen rato de muy grata lectura proporciona *El Cid en Aragón*, espléndido librito rubricado por Alberto Montaner, quien, con erudición jugosa, ha sabido recorrer los trayectos aragoneses del Campeador. Trayectos bien distintos, por cierto, aunque más de una vez discurren en paralelo, según perfilen las andanzas del Cid literario, del histórico o del que nos han legado tradiciones legendarias de diverso cariz.

En torno a esa presencia multifacética ha articulado Montaner su nueva entrega cidiana. En efecto, tres capítulos constituyen la parte del león en este menudo volumen. En «El Cid de la historia» (pp. 11-54), al autor procura reconstruir «las andanzas del Campeador por lo que más tarde sería Aragón», territorio que —no se olvide— a la sazón correspondía «básicamente [a]l reino andalusí de *Saraqusta*» (p. 9). La batalla de Graus (¿1063?), la «supuesta conquista de Zaragoza (1067)» (p. 20), el primer destierro de Rodrigo (1081) y su exilio en *Saraqusta* —pleno de vicisitudes que, cuando lo que Harold Bloom ha llamado *escuela del resentimiento* sienta cátedra, corren el serio riesgo de ser mal interpretadas por más que, como demuestra Montaner, resulten del todo coherentes con el espíritu de su época—, la batalla de Almenar (1082), la novelesca «traición de Rueda (1083)» (p. 32), la campaña del Maestrazgo (1084), el cerco de *Saraqusta* y el regreso del Cid a Castilla (1086), y, por fin, la batalla del pinar de Tévar (1090), son los episodios que centran este amplio capítulo.

En «El Cid del *Cantar*» (pp. 55-94), Montaner aborda un pormenorizado seguimiento del periplo aragonés del Campeador *literario*, conforme lo narran los vv. 545-1086 del *Cantar de mio Cid*. Constituyen éstos «una sección continua y bastante compacta dentro de su desarrollo argumental» (p. 57), sección que, por lo demás, adopta básicamente las mismas estrategias retórico-discursivas que el resto del poema cidiano. En cuanto al devenir de la trama, las diversas circunstancias deri-

vadas de su destierro —único en el *Cantar*, dúplice en la realidad histórica— traen a Rodrigo Díaz hasta el valle del Jalón, al que impone «su protectorado» (p. 59). En tierras del Jalón se sitúa también el encuentro con los caídes Fáriz y Galve (*vid.* pp. 65-79), «episodio ficticio [...] que va a proporcionar la primera batalla en campo abierto del *Cantar de mio Cid*» (p. 66). Las siguientes andanzas del Campeador (vv. 862-953) se desarrollan por tierras de Daroca y Teruel. A diferencia de la campaña del Jalón, estas nuevas correrías presentan «una cierta base histórica, dado que el Cid sí estuvo en estas zonas en diversos momentos, si bien el *Cantar*, de acuerdo con su técnica acostumbrada, l[a]s reagrupa y ordena en una secuencia bastante coherente (pero inventada) de avance hacia la zona de Valencia» (p. 81). Porque el itinerario aragonés que traza el *Cantar* contribuye decididamente a perfilar una nítida progresión en la trayectoria heroica de Rodrigo. El punto culminante (vv. 954-1086) se producirá en la batalla del pinar de Tévar, «el único episodio de los referidos a Aragón que se basa claramente en un hecho histórico. Es más: el relato del poema presenta tantos puntos de contacto con la *Historia Roderici* que apenas cabe duda de que su autor conoció al menos esa sección de la biografía latina del Campeador» (p. 86). Al margen del seguimiento minucioso de las vicisitudes que plantea el *Cantar*, el aspecto que resulta más de agradecer es la detallada puesta en situación del texto literario que Montaner lleva a cabo. Es constante su esfuerzo por explicar al lector distintos *realia* que están en la entraña del poema cidiano, lo que se traduce en una exposición pormenorizada de usos y costumbres, en el desmenuzamiento de instituciones, preceptos legales o estrategias militares: véase como botón de muestra la explicación, deliciosa, de la treta del *tornafuye* en la página 64. Lejos de perderse en digresiones eruditas, el autor consigue por esta vía que los lectores comprendan cabalmente y, en consecuencia, *gusten* los fragmentos oportunos del poema.

A este propósito, la apuesta de presentar en castellano actual los pasajes cidianos implicados por el título podría ser, ciertamente, cuestionada. Ahora bien, Montaner ofrece más una *transducción* —si se nos permite usar latamente el feliz término de Dolezel— que una mera *traducción* al estándar hodierno, con lo que se inscribe en una línea divulgativa que cuenta con antecedentes muy acreditados y que, además, no es cosa de ahora (cfr. sólo Pablo JAURALDE POU, *Manual de investigación literaria. Guía bibliográfica para el estudio de la Literatura Española*, Madrid, Gredos [«Biblioteca Románica Hispánica, III». «Manuales», 48], 1981, pp. 167-168). Bastará recordar, por cuanto hace a nuestro caso, la muy difundida versión en prosa de Alfonso REYES que flanqueaba el texto menendezpidalino en *Poema del Cid: Texto y traducción* (Madrid, Espasa-Calpe [«Universal», 1-4], 1919; reed. en *Cantar del Cid*, pról. de M. de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe [«Selecciones Austral», 12], 1976). Téngase en cuenta, por otro lado, que el volumen que hoy reseñamos se encamina a un segmento amplio y muy variado de lectores, a quienes la versión moderna permitirá sortear algunos escollos lingüísticos poco gratos en una cita como esta. Lo deseable sería, claro, que estos lectores acabasen derivando hacia el texto medieval

—o volviendo a él, si ya lo conocen— y creemos que *El Cid en Aragón* contribuye no poco a tan plausible fin. En todo caso, la versión del texto que ofrece Alberto Montaner resulta excelente por varios conceptos. Entre sus virtudes debe destacarse el respeto por las pautas métricas del *Cantar*: en este orden de cosas, se mantiene al pie de la letra la asonancia que individualiza a cada serie de versos y, de modo aproximado, también la dimensión de los hemistiquios.

Más sucinto que los anteriores, el tercer capítulo («El Cid de la leyenda», pp. 95-108) examina la repercusión de la(s) leyenda(s) cidiana(s) en el territorio de lo que hoy llamamos Aragón. Las principales escalas de esta ruta dispersa se sitúan en Calanda —que proporciona un buen ejemplo entre las «leyendas etiológicas, es decir, aquellas que pretenden explicar el origen de algo, sea un fenómeno natural, una costumbre, un edificio o un instrumento», p. 98—, el Maestrazgo, con la «batalla de Torrenublos» (*vid.* pp. 103-104), o Albarraçín. Sin olvidar, claro está, el rico veneno de leyendas monásticas que, aun teniendo su norte en el cenobio castellano de San Pedro de Cardeña, encuentra un interesantísimo correlato aragonés en el caso de San Juan de la Peña (pp. 105-108).

Un pórtico tan breve como enjundioso («El Cid, entre la historia y la leyenda», pp. 5-10), donde el autor asienta y resume a un tiempo las bases generales del tema, precede a los tres capítulos descritos. Con todo este conjunto, Montaner consigue que el lector disfrute saboreando el estado de una cuestión que, en rigor, dista de resultar sencilla. Las píldoras doradas de *El Cid en Aragón* condensan, gracias a una rigurosa voluntad de síntesis y revisión, la prolija historiografía cidiana en sus vertientes tanto filológica como histórica. En este sentido, la «Bibliografía» de las pp. 109-110, que consigna ocho entradas de «Fuentes» y dieciséis de «Estudios», no es sino una excerta mínima —sólo se ha recogido lo que concierne más directamente a la parcela que el título acota— de entre la copia de trabajos que el autor ha manejado y asumido. Porque este nuevo acercamiento a la figura y las circunstancias del Campeador es fruto de una vocación sostenida y de un solidísimo conocimiento de la materia, que el autor acreditó ya en su precoz monografía «El Cid: mito y símbolo» (*Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXVII [1987], pp. 121-340; cfr. al respecto Alan DEYERMOND, *Historia y crítica de la literatura española, 1/1: Edad Media. Primer suplemento*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 60) y confirmó con trazo rotundo merced a su edición —ineludible— del *Cantar de mio Cid* (Barcelona, Crítica [«Biblioteca Clásica», 1], 1993). Y esto por citar tan solo dos de los empeños mayores de quien es, hoy por hoy, especialista cidiano de prestigio internacional.

Merece la pena destacar asimismo la realización técnica del volumen. Aun con las limitaciones que impone el modesto pie forzado de una colección como esta, el libro se presenta muy bien ilustrado. No faltan, por ejemplo, mapas de las campañas cidianas históricas (p. 52) y literarias (p. 53) e incluso reproducciones facsimilares procedentes de la *Historia Roderici* (p. 36) y del *codex unicus* del *Cantar* (pp. 67 y 77), amén de otros apoyos gráficos. Todo ello muy bien traído al hilo del

texto, que no es lo de menos. Las erratas son tan escasas —y fácilmente subsanables por el lector— que pueden esgrimirse como argumento *a contrariis* para destacar el infrecuente cuidado material que la Caja de Ahorros de la Inmaculada está volcando en esta serie divulgativa, lo que la dota de una dignidad poco usual en publicaciones de tales características.

Trabajos, en fin, como el aquí reseñado merecen ser recibidos con alborozo, pues —ya lo sabía Horacio— *omne tulit punctum qui miscuit utile dulci, lectorem delectando pariterque monendo*.